

nationalist and anticommunist parties to force the definitive end of the South Slav federation. Finally, Jake Lowinger's book has an added value because it is centered in how the events were seen and developed "from below", unlike most of the books (both good and bad ones) which explain the causes of the events mostly "from above".

**Martínez del Campo, Luis G., *La formación del gentleman español. Las residencias de estudiantes en España (1910-1936)*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012, 310 pp.**

Por Miguel Ángel del Arco Blanco  
(Universidad de Granada)

El avance de la historia cultural ha supuesto un soplo de aire fresco en la historiografía española. Desde diversas historiografías internacionales se ha puesto de manifiesto la importancia de la "cultura", en el sentido más extenso de término, para comprender los procesos históricos. De estas voces, a España han llegado unos ecos que confirman esa tendencia, con jóvenes investigadores que miran al pasado bajo estos nuevos enfoques, ahondando en cuestiones que hasta ahora podían parecer superadas o que habían pasado desapercibidas. Uno de los momentos históricos predilectos para ello es el mundo de entreguerras donde, como señaló Enzo Traverso, residen los orígenes y las contradicciones del mundo en que hoy vivimos. Y es en esa tendencia –y necesidad– en el que se enmarca el estudio de Luis G. Martínez del Campo sobre las residencias de estudiantes en España (1910-1936).

En aquel primer tercio de siglo XX, y en la juventud a la que le tocó vivir aquellos años, parecen residir muchas de las respuestas a lo sucedido en la Historia de España en el trágico desenlace de la guerra civil; de hecho, el autor comienza la obra con ironía, advirtiendo al lector que el libro "no es otra historia de la guerra civil española", pero asumiendo que es ésta el punto de destino que justifica y condiciona su trabajo. El novecientos se despertó con una parte de la elite burguesa urbana preocupada por el destino de España, considerada como una nación adormilada, que no terminaba de subirse al tren del "progreso". Fueron algunos de esos hombres los que pusieron sus esperanzas en dos aspectos fundamentales que constituyen el paisaje sobre el que se asienta la obra: la educación y la

juventud. Ambas, o mejor dicho, la influencia de la primera sobre la segunda, guardaba las respuestas de un futuro que se pretendía más brillante del vivido hasta entonces.

La obra de Martínez del Campo es sólida. Su mayor reto reside en volver a un tema ya visitado por historiadores de diverso tipo, y hacerlo con solvencia, aportando nuevas conclusiones. A nuestro juicio lo consigue, al menos, por tres razones. En primer lugar porque su trabajo se apoya en un variado número de fuentes que, por su carácter y por su calidad, contribuyen a la brillantez del trabajo: documentación relativa a la Institución Libre de Enseñanza, a la Junta de Ampliación de Estudios, correspondencia privada... así como algún archivo internacional de importancia, como el de la Universidad de Cambridge o el del hispanista Edgar Allison Peers; domina además una extensa bibliografía, tanto de la época (discursos, informes, memorias...), como publicaciones nacionales e internacionales. En segundo lugar, la obra completa sus objetivos porque el autor conoce perfectamente las tendencias historiográficas relativas a la historia cultural del momento y a la temática abordada. Maneja los conceptos con soltura y con una sorprendente madurez. Así, no sólo se sirve del concepto de "transferencia cultural" para justificar el origen y la filosofía de las residencias de estudiantes en España, sino que incluso tiene tiempo para reflexionar sobre el papel de la cultura en las relaciones internacionales, en la construcción nacional o, además, atreverse a ofrecer una definición de "cultura" que enmarque su estudio. En tercer lugar, la obra cumple sus objetivos porque es una buena prueba de cómo debe escribirse la Historia: estudiar los orígenes, analizar lo sucedido y ahondar en las consecuencias. Todo mediante la óptica de la explicación, de la incesante búsqueda de los por qué que caracteriza a nuestra profesión. Porque es esa la estructura que guarda el libro, en la que queremos detenernos a continuación.

Tras una introducción en la que se presenta la obra, sus objetivos y se adelantan algunas conclusiones, y tras un capítulo dedicado a los conceptos mediante los cuales se aborda el estudio, Martínez del Campo se concentra en buscar los orígenes de las residencias de estudiantes en España. Así, en el capítulo 3 analiza como la coyuntura de entonces justificó los intentos de algunos hombres por poner en marcha las residencias de estudiantes: la

existencia de una enseñanza atrasada, la creencia en un nuevo tipo de progreso envidiado en otros países, y la intensificación de las relaciones culturales entre España y el Reino Unido en aquellos primeros años de siglo explican tanto el origen como que la inspiración adoptada para España fuese británica. El capítulo 4 ahonda en este último aspecto, deteniéndose en explicar cómo algunos hombres de la Institución Libre de Enseñanza (Castillejo especialmente), encomendados por la Junta de Ampliación de Estudios, viajaron y estudiaron las universidades británicas y, especialmente, sus residencias de estudiantes (tanto Oxford y Cambridge como las más recientes *Redbricks*).

Fijado el origen, el capítulo 5 se centra en el inicio y desarrollo de las residencias en España, constituyendo el núcleo principal de la obra. Se ahonda así en los inicios y la filosofía de la residencia de estudiantes de Madrid: un centro inspirado en el modelo inglés, creado con el fin de educar a una élite intelectual que, en los próximos años, relanzaría el desarrollo económico, social, cultural y político del país. Fue Alberto Jiménez Fraud, el “mediador cultural” entre España e Inglaterra, el inspirador de la misma, tras estudiar el modelo inglés y aspirar a hacer crecer en nuestro país ese “gentleman español” que sería fuente de progreso para los años venideros. Pero Martínez del Campo nos ofrece una visión desmitificada de la residencia madrileña, al demostrar que fue un “centro elitista”, que reunió a los “hijos de las familias acomodadas de provincias” (p. 141), y en el que sólo tenían cabida aquellos jóvenes que habían demostrado unas capacidades intelectuales sobresalientes. En la “Colina de los Chopos”, se moldearía la nueva élite española, el “gentleman español”: concebido como una imitación del inglés por la admiración al pueblo británico como “un pueblo conquistador, aventurero, serio y educado” (p. 145). Y evidencia de ello no sólo se obtiene en el modelo de residencia de estudiantes adoptado, sino también en la visita de notables personalidades británicas, así como en la organización de actividades culturales que “acercasen” a ambas naciones.

Otra cuestión fueron las residencias de estudiantes en provincias (capítulo 6). Si bien trataron de seguir la senda de la madrileña, no cosecharon el indudable éxito de ésta. En muchos casos estos centros dieron sus primeros pasos patrocinados por la residencia de Madrid, dado que se dirigieron a ella pidiendo

asesoramiento y auxilio; pese a que se pensó en que la Junta de Ampliación de Estudios las coordinase, finalmente dependieron de iniciativas locales, lo que condicionó su carácter y resultados. Dejando de lado el fracasado proyecto de Salamanca, sin duda el más destacado fue el de Barcelona. Miquel Ferrà fue el artífice de la *Residència d'Estudiants de Catalunya*, y durante algunos años su vitalidad, su cosmopolitismo y su éxito fueron más que señalados; no obstante, también reproduciría el modelo madrileño desde el punto de vista de la clase social de sus estudiantes: aunque con una perspectiva más catalanista, también fue reflejo de una élite que aspiraba a impulsar el desarrollo del país “desde arriba” y sin cuestionar seriamente el orden establecido.

El carácter regeneracionista del proyecto residencial español provocó que, con la llegada de la Dictadura de Primo de Rivera, el nuevo régimen también acometiese también un programa residencial (capítulo 7). No obstante, el espíritu de las mismas sería muy distinto, no estando inspiradas en la residencia madrileña, sino más bien en el colegio mayor de Zaragoza. De hecho, se planteaban como un modelo educativo alternativo, que hacía hincapié en la defensa del orden tradicional y ostentaba un componente nacionalista acorde con la dictadura que los impulsaba; por no mencionar la pedagogía empleada, caracterizada por el control estricto de las vidas de los estudiantes. Estas residencias primorriveristas formaban parte, en definitiva, de la voluntad nacionalizadora de la dictadura. La más exitosa fue sin duda la de Zaragoza, mientras que las demás tuvieron una vida lánguida. En otra esfera, por su carácter estival, estuvieron las residencias de Jaca y Santander.

Las consecuencias del fenómeno de las residencias se dejan para el final de la obra. ¿Se cumplieron los objetivos de las casas de estudiantes? Por su diversidad y por la dificultad a la hora de medir estas variables, es difícil dar una respuesta. Pero Luis G. Martínez del Campo afirma, a nuestro juicio con la precaución y capacidad de prueba suficiente que, poco antes de 1936, se podía percibir la existencia de una generación intelectual diferente a su predecesora, preparada y con un mayor conocimiento de lo foráneo. En efecto, como afirma en la introducción su propio autor, *La formación del gentleman español* no es una obra que tenga como objeto la guerra civil: pero ésta

y la destrucción que levantó a su paso acabaron con la corta historia del *gentleman* español.

**Moreno Cantano, Antonio César (coord.), *Cruzados de Franco: Propaganda y diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945)*. Gijón, Ediciones Trea, 2013, 334 pp.**

Por David Jorge  
(Wesleyan University)

El presente tomo colectivo completa la trilogía coordinada por Moreno Cantano en relación con la acción franquista en el exterior en tiempos de guerra (1936-1945). Se trata de un período de evidente interés y que no ha sido suficientemente explorado hasta el momento. Los abundantes trabajos sobre la política exterior del franquismo se han enfocado desde una narrativa general, centrada fundamentalmente en la supervivencia del régimen a través de la coyuntura de la Guerra Fría. Pero, desde finales de los años cuarenta, la posición de Franco había pasado a ser la del *Centinela de Occidente* y último valladar en el Viejo Continente frente a la sempiterna amenaza comunista. Basta seguir el rastro de las impresiones de Winston Churchill respecto a España para perfilar tales consideraciones hacia el sur de los Pirineos.

No deja de resultar significativo el hecho de que fuese repetidamente desde el exterior desde donde se asentó al autoproclamado Generalísimo en una jefatura indiscutible: ocurrió en 1936 con Mussolini y Hitler, con los británicos durante la Segunda Guerra Mundial y los inicios de la Guerra Fría, y con los estadounidenses en 1953. No le faltaba razón al propio Franco cuando, tras la firma de estos últimos acuerdos, proclamó que en aquel momento ya podía decir que sí había ganado la guerra. Todos estos *padrinazgos* le sirvieron además para eliminar toda disidencia interna, lo que tuvo como consecuencia –no del gusto de las democracias occidentales, pero visto como un mal menor a fin de cuentas– la imposibilidad de alternativas más *presentables* de cara al exterior como una restauración monárquica personificada en la figura de don Juan de Borbón. Por su parte, la España franquista vigorizó su perfil católico en detrimento del fascista. El primer paso, en cuanto se empezaron a torcer las cosas para el Eje en el frente de batalla, fue la destitución de una figura clave del régimen como Serrano Súñer, ministro de Asuntos Exteriores partidario de involucrarse en

la suerte de Alemania e Italia. Y, tal y como afirma López Zapico en su capítulo de la obra aquí presentada, terminó entrando en el nuevo mundo bipolar “de la mano de Estados Unidos, tras interpretar Franco que era el momento de guardar en un cajón las fotos de Hitler y Mussolini para depositar toda su fe en el crucifijo”.

Pero, ¿y antes de ese asentamiento en la esfera internacional? Se trató de un tiempo de vaivenes, riesgos y tensiones, con el régimen franquista en una posición nada clara. Ello hace más que interesante la profundización en el período en el cual se centra la presente obra: una era de guerra, primero en suelo español y finalmente mundial. Y dicha tarea se hace en estas páginas a través de diversos casos particulares que aportan abundantes datos desconocidos hasta la fecha.

Se inicia la obra con un análisis general de la política exterior del franquismo por parte de Juan Carlos Pereira, quien aprovecha para llamar la atención sobre la indignante situación actual de los fondos archivísticos en España, caso único en Europa (y también más allá del Viejo Continente). Y lo cierto es que los fondos del Ministerio de Asuntos Exteriores todavía reservan muchos años de tarea de exploración para los historiadores, especialmente en relación con la diplomacia franquista (el llamado ‘Archivo de Burgos’). Quedan además otras sombras que alumbrar, como los sobornos por parte británica a militares de tendencia monárquica durante la Segunda Guerra Mundial, con el fin de que convenciesen a Franco de cara a abstenerse de involucrarse en la contienda, y que Ángel Viñas desmenuzará –junto a otras relevantes sorpresas– en una obra de próxima aparición. O el desprecio hacia toda idea de internacionalismo y multilateralismo, plasmado en la salida unilateral de la Sociedad de Naciones nada más concluir la guerra en España, siguiendo los pasos de Alemania e Italia y motivando una situación de aislamiento total para el régimen franquista en cuanto Hitler y Mussolini cayeron derrotados un lustro más tarde.

La mencionada exposición general del primer capítulo abre paso a estudios específicos sobre la articulación de la voz franquista en el exterior, representada por personajes de lo más variopinto. La política internacional del régimen transcurría desde la cúspide del poder encarnada por Franco y su segundo, Carrero Blanco,